

Par contre, le petit épisode d'Alfonso Reyes, contenu dans quelques pages, dégage des aperçus plus lointains, aux poétiques résonances, que le gros livre de Martín Luis Guzmán, où tout est intrigue ou bataille, et ne se passe que dans un continuél premier plan fiévreux. Guzmán est un écrivain d'action, de la race des romanciers d'aventures. Reyes est un écrivain lyrique, qui ne cherche dans la réalité que le miroir de sa vie intérieure.

R. RIBEIRO COUTO.

Cahiers du Sud, Marseille.

janvier-fevrier 1932.

ALFONSO REYES ÍNTIMO

1.—Algunos literatos que andan por ahí hacen pensar que existe un paraíso y una tierra para su exclusivo uso. Es un paraíso sin ángeles y una tierra sin hombres. Unos y otros han huído por miedo a tales literatos. Estos, para consolarse en su soledad, buscan la amistad del diablo: así es como llegan a creerse con talento. La mayor parte del tiempo la pasan hablando mal de Dios. Dios no les oye, pero ellos imaginan que está pendiente de sus pensamientos. Son seres extravertidos que sueñan en un mundo mejor que el que llevan dentro. Pero como no lo encuentran, lo inventan. Y como no tienen nada que depositar en él, proyectan también la ficción de su propia vida. Son seres que imaginan que existen. Al abrir la puerta de sus casas se sorprenden de encontrarla vacía. Debieran estar en todas partes. Esta clase de literatos abunda. Pero se les mira poco. Sólo de vez en vez, a media noche, se les ve doblar una esquina como sombras tras otra sombra. La obra que iban a realizar se les ocurre escribirla siempre el día mismo en que la muerte les sorprende.

2.—La realidad de los buenos literatos no es ésta. Los buenos escritores no tienen cielo ni infierno, ni tierra particular. Viven aquí. Saben que no pueden vivir en otra parte ni de otra manera. Por eso no toman actitudes ni se rodean de sombras, ni trabajan con mamparas, ni fabrican escalas para empinarse y mirar desde arriba lo que tienen junto a los pies. Crean las modas: no las copian ni las obedecen. Caminan al lado de todos. De los buenos y de los malos aprenden lo conveniente. No hay contagio, pero sí hay cercanía. Son amigos de Dios, pero no se atreven a hablar con él. Dios, bondadoso, en cambio, les habla al oído cuando duermen. El diablo les sonrío desde lejos.

3.—Alfonso Reyes es de esta especie. Su vida no descansa sobre la bruma de una acción fingida. Su vida tiene un signo de

confianza: discurre con orden y sentido trascendente. Reyes sabe que ni Dios mismo sacó las cosas de la nada; que no hizo sino hacerlas nacer, traducirlas, para que pasaran de la sombra a la luz, del caos a lo orgánico.

4.—Su vida de escritor se proyecta hacia un mundo propio, en el cual no se mueve un hatajo de sombras, sino un consorcio de ideas, de sueños y de deseos. Los seres que maneja nacen del suelo, pero están siempre en el trampolín para alcanzar el plano de las nubes. Si no lo alcanzan no cometen pecado: el pecado está en no intentar el salto. Vive Reyes en una casona de abolengo colonial, en la calle de las Naranjas (rua das Naranjeiras), que recuerda un poco los nombres de su barrio mexicano de Santa María. Es una casona clásica para un clásico. Huele a tierra húmeda y a tomillo en flor. Si llegamos antes hubiésemos sorprendido la figura de Platero. Pero acaba de huir atraído por la voz de Juan Ramón. Todavía se ve, en las hojas de los árboles el resplandor de su gracia. Se deslían en el patio migajas de brisa marina. En un rincón de este solar se adivina la sombra de Azorín. Como el sol no duerme en tierra tropical y realiza el milagro de levantarse antes de que amanezca, la tarea de Reyes comienza a las 6 de la mañana.

5.—A esta hora corta las primeras rosas: las de su jardín y las de su pensamiento. La tarea oscila entre varias disciplinas que marchan, sin embargo, en una sola dirección: la humanista. La labor de Reyes se proyecta ahora hacia su vieja pasión: Góngora; hacia otra nueva: Goethe;* y hacia una de siempre: México. En este delta de sus aficiones se deshace el cauce de su inquietud espiritual. La labor de *Monterrey* es un remanso y una angustia. Pocos sabrán nunca los sudores que estas páginas cuestan. Paciencia y lectura y olvido. En la barca de *Monterrey* navegan algunas ilusiones de Re-

* Vieja también: ver *Cuestiones Estéticas*: "Sobre la simetría en la estética de Goethe", abril de 1910.—*Nota de los Editores*.

yes, que a veces —Eolo todavía es un niño— no llegan a buen puerto.

6.—Para distraerse Reyes baraja el teatro y el mar. Es juego de caprichos graves. En el teatro aparecen sombras que vienen del mar. En el mar concluyen las figuras del drama. En el teatro la vida se hace síntesis; en el mar se torna análisis. En el teatro los hombres se reúnen; en el mar se dispersan. En el teatro nos enseñan con palabras; en el mar con ejemplos. Homero castiga a los dioses en el mar; Esquilo los redime en el teatro. Y Reyes inicia en el teatro el pensamiento que luego va a derramar mirando el mar: ese mar con caminos invisibles que doblan hacia el Norte, hacia esta tierra que fué de España y que ahora es tan nuestra.

Ermilo ABREU GÓMEZ.

Nuestro México, agosto de 1932.

"ATENEA POLITICA"

ALFONSO REYES

Nas linhas que se seguem não quero nem de longe fazer uma apreciação da obra de Alfonso Reyes. Também não é um estudo da sua personalidade que emprenho. Da obra não tenho lido senão o que tem sido publicado aqui. Do homem só conheço a actuação do embaixador, figura a parte em nosso mundo diplomatico, e atravez de encontros occasionaes, em conversas ligeiras, algumas opiniões typicas e agudas, dessas que marcam um individuo como as arestas que definem a natureza de um terreno.

Nestas linhas é minha intenção hoje apreciar apenas e ligeiramente, nos limites do espaço de *Ariel*, a conferencia que assisti dias atraz, pouco antes da Revolução, no salão do Itamaraty. Essa conferencia — *Atenea Politica* — acaba de ser publicada em mimio-graphia, na collecção de trabalhos semelhantes que Alfonso Reyes vem distribuindo entre nós. E' ella uma pagina extraordinaria de philosophia social. Resumil-a é impossivel. O que me tentaria, a proposito della, seria fixar ou melhor identificar o espirito de Alfonso Reyes no campo da cultura moderna. Definir o seu lugar. Saber de onde elle vem, quaes suas origens, qual o caminho que segue, o alvo a que se destina. Nessa conferencia, não faltam os indicios de tudo isto. Mas a tarefa é demasiado vasta, e a materia de que disponho é por demais insufficiente para estudo completo. Atenhamo-nos pois, aos limites traçados pelo assumpto, mas frise-mos desde logo que o homem vem de longe. E' uma mistura terrivel, uma especie de terreno de formação complexa sob o qual palpita o Mexico mysterioso e profundo . . .

Salientemos antes de tudo, uma nitidez de attitude *intellectual* (não espiritual, pois que ainda estamos em tempo em que taes distincções se fazem mister), que não é commum em Hespanha, em escriptores de lingua hespanhola, em geral pittorescos, raciocinantes

alguns, raramente originaes no ponto de vista cultura comquanto não raro originaes no ponto de vista da personalidade. Em geral quando lemos hespanhoes, principalmente aquelles da banda de cá, não ficamos sabendo qual sua concepção da vida. Isto quanto á attitude intellectual. E quanto á originalidade, sempre nos domina em face delles, a impressão de já ter lido ou ouvido o que elles dizem, ás vezes não sabemos onde. Dão-nos elles a impressão de interpretar, de commentar, de desenvolver alguma cousa já sabida.

Estou sendo injusto? Talvez. Também não ligo neste particular importancia maior á minha opinião.

*

Em Alfonso Reyes o timbre é sempre proprio, e nessa conferencia, verdadeiramente, nos disse elle cousas raras, cousas finas, cousas novas. Minha surpresa foi grande ao ouvil-o. Já em Paris, uma vez, numa das sessões desse *Pen-Club*, cuja fundação aqui parece ter sido o unico mallogro da missão Durtain, a voz de Alfonso Reyes, falando da unificação intellectual do mundo, me soara com um accento interessante. Nessa conferencia do Brasil, feita aos estudantes, com um serio de alma emocionante, Alfonso Reyes nos deu pela primeira vez aqui (digo sem offensa a ninguem) depois de Maurtua, a noção de que nem tudo é palavra, côr, brilho, eloquencia entre homens de letras da America hespanhola. Invoco minha qualidade de não *habitué* do meoi sul-americano para exculpar-me do que houver de superficial e de antipathico no que estou dizendo.

Mas occupemo-nos de *Atenea Politica*. Ahi procura Alfonso Reyes lançar as bases de uma concepção da vida de acção sobre a função unificadora da intelligencia. "O caracteristico do homem entre todas as cousas e creaturas é *participar na intelligencia*, unico sêr que se sente hospede na natureza e não parte della, e por isso mesmo creador de ordem intellectual". A obra do homem sobre esta materia prima que é a terra, se confunde com a obra da intelligencia que é uma obra unificadora.

O desenvolvimento desse pensamento central é feito magistralmente. Antes de tudo, nota bem Alfonso Reyes, unificação não significa revogação do valor individual das cousas, dos sêres, e muito menos “renuncia áquella parte de aventura que a vida ha de possuir para ser vida”. (Phrase admiravel). “Unificação significa uma circulação maior da vida dentro da vida”. Estamos a ver aonde vae o autor. “Uma vida é tanto mais vida quanto maior é a relação entre as differentes partes do sêr”. Assim o individuo mais uno é o individuo mais vital; a sociedade mais una é a sociedade mais viva; um mundo mais uno será o mundo mais cheio de vida, onde a vida se poderá mais ampla e intensamente exaltar. “O processo unificador da intelligencia tem um corpo e tem uma alma, o corpo se chama geographia humana”. “A alma da intelligencia nol-a explica a historia da humanidade”.

A intelligencia trabalhando como agente unificador sobre esse corpo, sobre essa alma faz civilização. Mas quando a intelligencia trabalha como agente unificador sobre o seu proprio sêr, sobre a intelligencia mesma, faz o que se chama cultura. Não é mais processo physico — nivelação geographica, não é mais processo historico — cosmopolitismo. Não é mais historia, não é mais civilização, é continuidade, passado, presente, futuro. Continuidade não quer dizer lentidão. O salto não é, por outro lado, uma interrupção. Salta o aligero Achilles e não o vemos senão antes e depois do salto. “Não diremos que Achilles deixou de existir durante o salto: supera simplesmente nossa sensação psychologica do momento, a decima sexta parte de um segundo. E Achilles em camara lenta é perfeitamente continuo”.

A amplificação, o desdobramento da idéa central se ramifica durante quarenta paginas em altas, finas e agudas franças carregadas de rebentos tumidos de idéas e nutridos de belleza. Tem-se a sensação de estar sob uma arvore florente de onde cae uma chuva de alegria creadora.

Bem desejara colher todas as petalas aqui nesta columna. Que os leitores se contentem, porém, com o seu raro e estimulador perfume.

Gilberto AMADO.

Boletim de Ariel, Rio de Janeiro,

septiembre de 1932.

ENSAYOS

Alfonso Reyes. *Tren de Ondas*

A algunos amigos que se marcharon los vemos más a menudo que a tantos otros que viven como a la puerta de casa; tenemos a lo menos tan frecuentes noticias de ellos, que la distancia no se agrava con la ausencia. De mí sé decir que pasan años sin que vea ni aun de lejos y sin el ínfimo minuto del teléfono a alguno de los más dilectos. Pero un escrito suyo, un artículo en una revista, una página con versos, lo sostiene vivo, cálido, cordial, en la conciencia amistosa, y la ausencia y el tiempo trazan en torno a su recuerdo como un aislante óptico, como un tubo de anteojo que dibuja mejor y aclara su figura, recortándola sobre los fondos vulgares, imprimiéndola más distintamente, prestándole bajorrelieves más definitivos.

Siete, ocho años tal vez, hace que Alfonso Reyes dejó a sus amigos de Madrid. Marchó al Méjico natal, volvió a París, otra vez pasó el mar para Buenos Aires. Ahora se ha quedado en ese rincón de maravilla —selva verde, mar azul, cielo de oro y la tierra de color de rosa (papemores y bulbules)— que dicen que es Ríojaneiro. En esos años, alguna breve tarjeta; pocas, ninguna carta. Mas, constante, el palpitar del corazón amistoso de Alfonso Reyes, cuya diástole se traduce en letra impresa. Desde París, la olorosa bujeta de sus versos, *Pausa*, que a este músico del silencio le gusta contar cumplidamente para proseguir en seguida su soliloquio. Versos añejos, muchos de ellos nacidos en Madrid al ras de aquellos años de la guerra, veinte, si no cuento mal, en que Alfonso Reyes y sus amigos y mis amigos, tantos de ellos hoy a la cabeza de la ciencia o de la gobernación o de las varias artes, anudamos una amistad que ni la distancia de los meridianos ni la altura de los merecimientos han debilitado. Versos a los que el tiempo ha enriquecido de sabor y de aroma, que tienen un dora-

do profundo y la melosidad transparente del vino rancio. Versos que eran deleite y lección: tales las diversas fases de la traducción de Mallarmé en *La pluma*, espléndida, lecciones de alta estética de donde se desprendía que son el tono y el modo, en un trasplante de intuiciones, los útiles con que un poeta traduce a otro poeta; prosodia de calidades musicales mejor que fidelidad sintáctica.

Esa *Fuga de Navidad* que Alfonso Reyes imprime preciosamente en Buenos Aires, tan solícitamente compuesta por los tipógrafos como limpiamente decorada por Norah Borges, es aún fruto de los años jugosos de Madrid; fuga de hace diez años justos, salvo los meses que todavía le restan al vigente. Y desde Río, el eco de las saetas en la primavera sevillana, días de fiesta mayor por Semana Santa o el recuerdo del habla de oro en las bocas humildes de Burgos, el artesano barbudo, las niñas del corro, el hidalgo, el chico campanero, la vendedora de hoces. Ahora, últimamente, un *Tren de Ondas*, engarce de cuentas sueltas, pedacitos de papel escritos en un vuelo (lenta gota en la clepsidra del pensamiento), año tras año guardados en el cajoncillo secreto del bufete (1924-1932), dados ya a la luz en las Oficinas Graphics de la Rua del Sete de Setembro.

Pues entre libro y libro, Alfonso Reyes redactaba para uso de sus amigos y fe de vida y de amistad un boletincillo que era como su verdadero calendario; el diario oficial de su conciencia de escritor que escribe para sí, como es necesario, y en seguida para sus amigos, según es lo indispensable. Una especie de ex libris nos recordaba el perfil de las montañas que se recortan en el horizonte de Monterrey. Cada vez en una página. "El cerro cae en la página tal". Y hace unos meses hube de anotar con lápiz debajo del último cerro recibido: "Este cerro de Monterrey y de Alfonso Reyes ha caído al pie de las Pirámides, junto al Nilo". Me había llevado la correspondencia recién recibida para leerla en el tranvía de Gizeh, Guisa, que dicen los cairotas. Al caer la tarde, sentado en un primer peldaño de aquel famoso sepulcro, pensaba en el ce-

rro de Monterrey, al otro lado del globo de la tierra. Los camellos arropaban las gibas en mantas jerezanas para resguardar del relente a sus cabalgaduras. Salía la luna por entre los carrizos del Nilo. El aire traía el rumor impertinente de un gramófono.

Tren de ondas. Llévenle de vuelta a Alfonso Reyes este recuerdo mío, no banal por la circunstancia. Y puesto que todo es en la vida y en la literatura "matière de propos universel", sirvame de disculpa para estas disgresiones. No disculpa, pero sí clave de tal tren ondulante, es la línea de Montaigne que Alfonso Reyes cita al pie de su onda décimocuarta, aquella en donde dice cómo Diego Rivera descubrió la pintura por llevarse la mano al pecho. Ondas todas ellas que traen el eco remoto del viejo francés y que son como glosas, como círculos girovagantes en torno a ese núcleo sabroso.

Abundancia de tema y riqueza de comentario. ¿Cabe señalar algún punto más brillante en el serpentín de la nebulosa? Acaso aquel tan gracioso sobre las "opiniones pegadizas", opiniones, a pesar nuestro, como briznas de cancioncilla que se nos meten por los oídos y que ninguna jeringa es capaz de desalojar (Ricardo Wágner cuenta de qué manera lo perseguía cierta frasezuela de *La Reina de Chipre*, presentándosele cada vez que se sentaba a escribir su propia música. Como quien acude a una oración vigorosa para espantar al Malo, Wágner se ponía a cantar fuerte, golpeando con el pie la melodía coral de la *Sinfonía novena*). O bien esa interpretación última hora de las letras temporales A C, D C, en la Historia, antes de Cristo, después de Cristo, que ahora hay que interpretar como antes del cine, después del cine: cambio de Era que nosotros, felices, hemos presenciado. O bien todavía, y ya acabo, los comentarios que Alfonso Reyes dedica al menester de escribir en los periódicos, párrafos en los que me gusta ver algo al modo de Valery Larbaud.

Grato menester, entre todos, ése. Ingrato también a sus horas. Tan distinto del escribir sin servidumbre como es el suave oficio

de Alfonso Reyes. Artículos sin prisa y sin sonrojo, limpios de frente, en la faz de la página, que no conocen el revés de las puertas como nosotros los que escribimos tras de ellas, junto a los zorrros, las bayetas serviles y las escobas. Porque hay artículos para fachadas, esgrafiados de gran inmueble, miradores opulentos donde se quiebra el resplandor del Poniente. Y los hay también de escalera interior, puestos al codeo con el bote para la basura y el saquito del pan que cuelga en el boliché. Verdaderamente. Y justamente. Artículos que no son sino latas de basura y saquitos para el pan. Y aun otros para cada clase de servicio: embelecocos para chimenea, menaje de mesa, y así lo que se quiera.

Lo que yo querría para los míos, aunque se me vea ridículo, es que fuesen como un búcaro de cristal. Ni aun del fino. Del verdoso vidrio popular, con sus burbujitas. Y en éste, la flor de mi recuerdo, la rosa única de aroma, tan varia de forma y de colores, que una vez me trajo como obsequio en el cañón de su escopeta, alegre, cantarín, *El cazador*, de Alfonso Reyes.

Adolfo SALAZAR.

El Sol, febrero 23 de 1933.